

**FIGURAS PATRIOTICAS
DE MASONES
CUBANOS**

IGNACIO AGRAMONTE Y LOYNAZ

-- Por Francisco DE MIRANDA V. VARONA --

"No es más grande el héroe, porque haya obtenido mayor renombre, sino cuando como el Mayor General Ignacio Agramonte Loynaz, es más amado y más digno de la gratitud nacional, porque vivificó su alma en la sal espiritual de su patria, la impregnó con el rocío de sus glorias y la hiel de sus dolores; constituyó en ella los hondos sufrimientos de su pueblo y su anhelo de libertad y no se llevó, sino antes dejó a su patria, el único tesoro que acopió en la vida: la inmortalidad de su obra y de su nombre".

PERFILAREMOS aquí la figura magnífica de Ignacio Agramonte Loynaz, aquel cubano purísimo, fuerte y blanco como el mármol, que tuvo de Kosciuszok—el bravo soldado de la libertad americana y luchador enérgico de la Independencia de su Polonia amada—la fe patriótica, representando en sí los justos clamores de su patria. Que tuvo de aquellos capitanes de los tercios heroicos de España la acometividad y bravura; de Jorge Washington la virtud; de los girondinos franceses las épicas ideales; del Mariscal Ney la arrogante figura; de Bolívar el genio militar y de José Antonio de Sucre la rectitud de principios y la austeridad de carácter.

Nació Ignacio Agramonte y Loynaz en la ciudad de Camagüey el 23 de diciembre de 1841, siendo sus padres el Regidor, Licenciado Ignacio Agramonte Sánchez y Doña Filomena Loynaz y Caballero, ambos pertenecientes a ricas e ilustres familias.

Criado en un ambiente de rigurosa austeridad, de noble altivez patricia, de costumbres altruistas y severas, en un ambiente donde la virtud era culto y el honor riqueza, forjó su carácter en forma definitiva dando pronto prueba admirable de su rectitud y valor como en aquel gesto de 1851 en que empapó en la sangre prócer de Joaquín de Agüero y Agüero el blanco pañuelo que fué para él durante toda su adolescencia, como la voz doliente y suplicante de la patria recordando su infortunio y su dolor.

Después de cursar sus primeros estudios en Camagüey, pasó a La Habana, ingresando en el famoso colegio "El Salvador" dirigido por el apóstol José de la Luz y Caballero, distinguiéndose allí por su talento y nobles sentimientos. Allí recibió el caudal purísimo de las enseñanzas de Luz Caballero que hizo de su enseñanza magnífica una fragua forzadora de la admirable juventud del 68, entrando su labor educacional después, en los campos de batalla las más reñidas y gloriosas acciones en pro de la libertad cubana. Y allí consolidó Agramonte la inquebrantable firmeza de su carácter estoico.

Más tarde fué a Barcelona, retornando a su patria para graduarse en la Universidad Nacional de Doctor en Leyes.

Licenciado en la Masonería, en la gloriosa Logia Tímina, en ella fué ascendido y exaltado, ocupando seguidamente el cargo de Secretario y en el secreto de sus sesiones fué desarrollando su capacidad y visión

revolucionaria. El era el alma de esta Logia y la Secretaría fué el centro y control de la propaganda y organización revolucionaria. Puntual a las sesiones, exacto cumplidor de sus acuerdos, fué nutriendola de personas escogidas para la finalidad que perseguía.

Esta Logia fué denunciada; pero sólo pudieron detener a Salvador Cisneros, a Adolfo de Varona y de la Pera y a Miguel Betancourt Guerra. Los demás afiliados no fueron identificados porque no pudieron coger el archivo, éste estaba custodiado por su Secretario Ignacio Agramonte Loynaz, que lo puso a buen recaudo.

Cuando fué imposible celebrar sesiones en la casa Templo, ni en las de sus dirigentes, se fueron a la Cueva del Indio en Cubitas, y allí en un amplio salón de más de treinta metros de largo por veinte de ancho celebraron sus sesiones y realizaron iniciaciones. Allí la Masonería republicana colocó una lápida de mármol con la siguiente inscripción.

A. L. G. D. G. A. D. U.

El 10 de abril de 1927, la Muy Respetable Logia Camagüey, realizó en este lugar una iniciación en la Masonería Universal, conmemorando que este sitio fué utilizado como Templo Masónico por el Gran Ciudadano Salvador Cisneros Betancourt, en los períodos de nuestras guerras libertarias. Para perpetuar el recuerdo de estos hechos la muy Respetable Logia "Ignacio Agramonte" colocó esta tarja que dice a Masones y no Masones: "Los amantes de la libertad no duermen, y de vez en vez repiten sus actos precursoros de las grandes auroras: El... 51 el... 68 el... 95."

En plena labor revolucionaria el patriota Francisco María Ruvalcaba que había establecido contacto con las Logias revolucionarias Manzanillo, Bayamo, Jiguaní y otras más propuso a la Logia Tímina unificar la acción de todas y para viabilizar este propósito el h.: Eduardo Agramonte citó a todos los afiliados comprometidos para una sesión en su ingenio "Jigüí" en las cercanías de la ciudad de Camagüey. Reunidos allí cuarenta Masones, el h.: Ignacio Agramonte manifestó que el motivo de aquella reunión era unificar los trabajos de conspiración, darles mayor intensidad y coordinar un plan a seguir, pues la finalidad que la Logia propugnaba era la libertad de Cuba a cuyo efecto les mostraba el palio bendito, símbolo de aquel temerario empeño: una pequeña bandera exactamente igual a la que Narciso López había tremolado en Cárdenas y Joaquín de Agüero en San Francisco de Júcaral. Sobre esa bandera juraron todos solemnemente, el compromiso de INDEPENDENCIA O MUERTE.

Qué heroica y bella, qué admirable y ejemplar labor la de estos hermanos. No tienen templos, no tie-

nen hogares donde descansar en la tierra hospitalaria, bajo el sol toman acuerdos trascendentales, por casi todos cumplidos al Ingenio "Jigüí" se

que con un puñado de héroes, con treinta y cuatro centauros homéricos, arrancó a una fuerte columna española, al General Julio Sanguily, su compañero bien amado de espartana grandeza, escribiendo con esa acción una página brillante en los fastos militares con derecho a ocupar un puesto preferente en la historia del mundo, de la inmortalidad y de la fama del porvenir.

Determinado a luchar inquebrantablemente por la libertad absoluta de Cuba, se expresó en esta forma decidida y viril, ante los comisionados españoles que en 1872 fueron a proponer negociaciones de paz, al campo de la guerra: "Los patriotas cubanos no pueden aceptar esas sugerencias de los señores comisionados, porque no volverán bajo la bandera española, y, sólo entrarán en las poblaciones ocupadas por el enemigo, por el empuje de sus escuadrones, o mediante un tratado de paz en que tenga como primera base la independencia de Cuba".

Fué también el autor feliz de aquella frase inmortal, cuando en horas difíciles por adversas, al preguntársele que con qué recursos contaba para continuar la guerra contra España, enérgico y terminante: "CON LA VERGÜENZA DE LOS CUBANOS".

Vencedor y temido de los mejores generales españoles, había organizado pujante, disciplinada y sólida, la revolución en 1873, preparándose para hacer la invasión a las provincias occidentales cuando el 11 de mayo de dicho año cayó en pleno campo de batalla en la linca "Jimaguayú" en la provincia de Camagüey, "el que había llegado a ser el caudillo más popular y la esperanza más legítima de la insurrección".

Conducido el cadáver a la ciudad, fué quemado en el cementerio general de la misma, mereciendo este acto de profanación al cadáver del ilustre libertador cubano, la repulsa de todo el mundo civilizado.

Como Jacobo Bermundo de Molay, fué Ignacio Agramonte Loynaz, Masón insigne y libertador glorioso, inmolado en aras de los más altos y puros ideales de dignidad y bienestar humano.

En su ciudad natal se alza una magnífica estatua ecuestre del héroe y en esa misma ciudad tuvo el honor de fundar la Respetable Logia "Ignacio Agramonte", de tan brillante historial masónico.

De tan excelso militar y patriota escribió el Generalísimo Máximo Gómez, también masón y libertador de Cuba, el siguiente juicio: "Las aguerridas fuerzas cubanas que con tesón y patriotismo insuperables organizó el Mayor General Ignacio Agramonte, tenían infundidos su aliento y sus austeras virtudes. Veo reflejar en ellas el espíritu de su Jefe muerto. La vista de estos hombres, que visten luto en el alma, me ha conmovido profundamente. Al inspeccionar los Talleres, es admirable su organización. Los tenemos para fabricar pólvora, monturas, armería, calzado, sogas, sudaderos, etc. Era Agramonte hombre de grandes re-

ursos. Su presencia se refleja en todo. Lamento no haberlo conocido, pocos pueden como yo, apreciar la pérdida que ha sufrido la revolución. ¡Cómo no nos unió el destino en el campo de batalla! Nos hubiéramos completado quizás y tal vez yo lo hubiera hecho vivir para Cuba en vez de morir por la gloria. Ignacio Agramonte, sólo por sus propios recursos, se había colocado en primera línea entre todos los generales que aquí combatimos y estaba llamado a ejercer grandes y altos destinos en su patria".

El doctor Martínez Lufriú en su libro "Carlos Manuel de Céspedes", dice lo siguiente: "Agramonte de fama militar tan merecida, era una mentalidad superior que, con o sin guerra, hubiera brillado de todas maneras. Su oratoria elocuente, había fulgurado en torneos literarios antes de resplandecer en Guáimaro. Su temperamento, romancesco, sus ideas liberales expuestas en su tesis universitaria, las había sostenido ardientemente con el fuego de su verbo, antes de defenderlas con el prodigio de su espada. Pero por encima de todas sus cualidades, sobresalía la integridad, energía y virtud de su carácter. Su conciencia era austera y pura como la del Cirmourdain de Hugo y por conjunción hermosa de talento, cultura y moralidad por todas sus condiciones personales, perfeccionada en la guerra, por su estupenda grandeza, Agramonte era el Jefe innato, espontáneo, a quien todos reconocían autoridad suprema, porque antes de poseerla por la Ley, la tiene por la naturaleza. Transformó su altivez en majestad, logrando realizar la obra más brillante de la Revolución frente a la división camagüeyana. Desgraciadamente, una bala perdida arrebatada en oscuro combate la vida excelsa de tan sublime guerrero en aciago día en que la Revolución tembló por la desaparición de su fulgurante sol, arquetipo del patriotismo, encarnación de la virtud, modelo de caballerosidad, maestro del ciudadano y esperanza del gobernante, cuya gloriosa iguala en pureza a Washington en pasión a Bolívar, en idealismo a Vergniaud: Ignacio Agramonte, el divino arcángel de la redención cubana".

Y para Martí, que lo llamó "diamante con alma de beso", era tanta su grandeza que cuando se fué a jurar el programa del Partido Revolucionario Cubano envió a Camagüey a Benjamín Guerra, tesorero de la Junta Revolucionaria de New York, con el objeto de recoger tierra del lugar donde había sido incinerado el cuerpo del glorioso caudillo, y sobre esa tierra que el propio Martí llamó tierra santa, efectuar el juramento que habría de plasmar en realidad las ansias de redención del pueblo cubano.

Podemos concretar que Ignacio Agramonte Loynaz ha sido para la juventud de nuestro pueblo, inspiración de grandeza moral, ejemplo de virtudes cívicas, faro de energía y de fe, de sacrificio y de heroísmo, de martirio y de gloria. Y que si a sus cenizas veneradas los opresores de Cuba le negaron la tierra amada y el mármol que las guardara, un mundo tienen ya por sepultura en el corazón de la patria redimida, y el más bello monumento, en el corazón y la conciencia de sus compatriotas agradecidos.

Mundo Masónico,
marzo - abril - 1946